

## PRIMERA REFLEXION SOBRE EL PERIODISMO PUERTORRIQUEÑO

Por: Emilio S. Belaval

---

Si alguno de los periodistas puertorriqueños de nuestro principio de siglo pudiera hoy contemplar el espectáculo de poder técnico, de recursos informativos, de facilidades económicas que posee la redacción de un periódico puertorriqueño de mediado de siglo, no podría reprimir su asombro al comparar su atmósfera profesional con la instalación suntuaria de nuestras actuales salas de redacción. Aquellas salas humosas, donde el sol apenas se atrevía a penetrar cohibido ante el ceño de unos muebles desvencijados, aquellas maquinillas reumáticas, pesadas a la mano como la cruz al hombro, aquel diccionario destripado por el manoseo de tres generaciones, aquel servicio cablegráfico, con humor de último superviviente invisible del argonauta clásico, que se topaba con un nudo de dificultades por cada milla náutica que atravesaba, aquel cajista malhumorado que nunca pudo entender por qué había que pensar tanto para escribir una crónica, y aquel periodista cazando siempre en el espectroespacio mágico la metáfora feliz que al día siguiente lo convirtiera en el héroe de la tertulia de ateneo, de botica o de barbería, mal podría comparar con estas grandes dependencias soleadas, multiplicada la luz solar por el tubo de neón, con estas relucientes maquinillas capaces de escribir por sí mismas si el periodista no llega a tiempo, con las enciclopedias y los diccionarios especializados, con el teletipo que va desparramando la vibración completa del universo minuto tras minuto sobre la mesa del redactor extranjero, con un jefe de taller que puede

esperar con tranquilidad hasta el último minuto por la noticia sensacional, con este periodista nervioso, que se pasa la mitad del día pegado a un teléfono y la otra mitad tecleando frente a una maquina, bien acicalado la mayoría de las veces, que apenas sabe lo que es hacer antesala, con derecho incluso a la mitad de los aperitivos, que se sirven en la ciudad. Es indudable que la transformación que sufre la prensa puertorriqueña en este medio siglo nuestro es una gratitud que tenemos contraída los hombres de esta tierra con los hermanos Real, con José Coll Vidal, con José Pérez Losada, con Angel Ramos, con Antonio Ayuso Valdivieso, con la familia Franklin.

El contraste entre aquel periodismo premioso, cargado de dificultades, donde todavía el hombre se permitía el lujo de hacer esperar a la máquina y nuestro periodismo dinámico, sobreanegado de facilidades, nutrido por el maquinismo contemporáneo se presta para que reflexionemos, comparando el espíritu de dos épocas que apenas separa un mero parpadeo de la eternidad, pero claramente diferenciables, sobre la labor de espíritu que tiene que realizar el periodista moderno. Cada época exige un tipo de periodismo distinto. No hay que pensar, a menos que no se padezca de un viejísimo orgánico, que nuestro periodismo actual pueda tener el mismo ritmo, el mismo sentido de reposo, idéntico purito de estilo que tenía nuestro periodismo de hace cincuenta años. Posiblemente si nuestro periodista de hoy adoptara la actitud anterior, las máquinas harían el periódico sin él poder explicarse como.

El proceso mediante el cual se integra y se desintegra el sentido de valores de una civilización, es uno de los estudios más

complejos con que tiene que enfrentarse el pensamiento de cada época. El hombre quien siempre aparenta ser el protagonista de esta lucha sutil que aveces toma cuerpo dentro de él mismo y aveces se resuelve en torno suyo, no es nada más que parte del horizonte dramático donde cada tiempo se reestructura bajo una mecánica difícil de precisar aunque muy abierta a la especulación. Cada época revela fundamentalmente la fricción de una serie de mentalidades que se van desintegrando con una nueva mentalidad que se va integrando. El hombre, en lo que tiene de histórico, se aferra a la soledad que para el instinto humano representa la historia. El hombre, en lo que tiene de sociedad, empieza a desarrollar una serie de apetencias hasta entonces desconocidas para la mentalidad prevaleciente. El hombre, en lo que tiene de universo, se abre a una esperanza sombría de vindicación contra su pequeña cobija secular. No siempre el hombre cuando resiste el dislocamiento de su soledad, está equivocado. No siempre el hombre cuando destruye el sistema tutelar de las ideas, está en lo cierto. No siempre el hombre cuando se desentraña de su realidad circundante, tiene la clave para el nuevo tiempo. Esta lucha compleja, casi siempre fecunda, tiene que ser rectamente entendida para que el devenir del nuevo tiempo no produzca ese derrotismo enfermizo que aveces segrega de la batalla cotidiana a grupos apreciables que se quedan rezagados, rumiando malquerencias estériles que poco a poco se van apagando en el trasfondo de la vida misma, como algo que ya no tiene sentido, ni produzca ese envanecimiento trágico que aveces padece el que logra la victoria momentánea que es lo único que autoriza la eternidad.

Hay desde luego seis figuras claves que intervienen en el pro-

ceso, tanto de desintegración de la mentalidad anterior como de integración de la nueva mentalidad: el sacerdote, el maestro, el político, el escritor, el artista, el periodista. Ningún sentido de valores de una civilización puede integrarse con alguna grandeza para la posteridad sin el funcionamiento armónico dentro de sus respectivas esperas espirituales de estos seis mentores, por excelencia, del hombre común. Dentro de la lógica histórica, la palabra de avance le corresponde al político, al escritor y al artista, la custodia del valor secular al sacerdote y al maestro; la interpretación del nuevo tiempo al periodista. El político brega, cuando tiene verdadero sentido de su tarea, con el clamor humano que produce el sistema de desigualdades que sufre el hombre común; el escritor brega, a menos que no le oscurezca el entendimiento una soberbia pequeña, con la tragedia del hombre a través de todo el tiempo y el espacio reconocibles; el artista brega, cuando quiere ser honesto consigo mismo, con los símbolos vivos de un pasado que necesita resucitar para adoptarlos a la sensibilidad del porvenir; el sacerdote brega, cuando el fanatismo no lo desorbita, con un decálogo moral que es el más precioso legado del cristianismo, donde está la salvaguardia de la constante agresión a la personalidad humana que produce la anarquía involuntaria del hombre; el maestro brega, cuando no adultera la función de su ministerio, con el contenido mínimo de sabiduría universal que necesita un hombre para formar aquellos elementos de juicio que le permita enfrentarse con los complejos de la sociedad humana sin perder la razón; el periodista brega, cuando el espíritu de su profesión no se le desdibuja en el fondo de la conciencia, con el cotejo diario de este cruento proceso de desintegra-

ción, y de integración de la lucha que sostiene el hombre - hombre, como hombre - sociedad y con el hombre - universo. Cuando en una sociedad, la labor de estos seis mentores puede organizarse a plenitud dentro de sus respectivas órbitas, produce la paz, la paz profunda que necesita el hombre para liquidar todas las historias del pasado y del presente que lo entenebrecen, para fecundar su tiempo con una tarea creadora, para realizar la colaboración ineludible al gran universo moral que todos tenemos la obligación de sostener sobre nuestros hombros. Pero la experiencia humana es contraria a esta forma armónica de conducir los destinos del mundo. A veces el sacerdote pretende invadir la función del político y el maestro; a veces el maestro pretende invadir la función del sacerdote y del político; a veces el político pretende invadir la función del sacerdote y el maestro. A veces el escritor se olvida de su plano cósmico y el artista se fuga de su atmósfera de realidad profunda. A veces el periodista, esta pequeña águila del intelecto, cuya mirada tiene que sondear un mundo tan complejo, se olvida del espíritu de su profesión.

Como esta es una reunión de periodistas, y yo me siento periodista en una respetable dimensión de mi inquietud de hombre que aspira a ser culto, gozamos por un momento del placer de hablar otra vez de algo que no puede ser otra cosa que una reafirmación de viejos ideales que necesitan ser confrontados con un nuevo tiempo. El periodista no puede ser un hombre de pasión si quiere ser un apasionado de su profesión. La humanidad que desfila ante nuestros ojos es bastante imperfecta pero es la humanidad que tenemos que salvar. Contrastada con la propia imperfección que llevamos nosotros dentro resulta casi

una imagen de lo que nosotros mismos somos. Si nuestra apreciación de las personas y las cosas fuera para consumo de nuestra soledad, podríamos gastarnos el lujo pueril de almacenar por un tiempo este desprecio que no va a gravitar en forma alguna sobre otra conciencia. Pero realmente lo que constituye el riesgo y la grandeza de las profesiones es esta inhibición voluntaria que debe hacer el profesional de todas las antipatías humanas. El médico no puede sentir antipatía hacia su paciente, el abogado hacia su cliente, el maestro hacia su discípulo, el periodista hacia los seres humanos que tiene bajo su dirección. El pequeño proceso humano que se desenvuelve entre el profesional y el ser humano a quien tiene que servir, proteger, o descubrir no es la discordia común que puede existir entre un hombre y otro hombre que nada se deben entre sí.

En el sistema de lealtades profundas que funcionan dentro de una profesión, sobretodo, cuando es una de las profesiones mentoras como debe ser el periodismo, tal vez lo más importante es saber a quien se sirve. El periodista se debe antes que a nadie a su pueblo, después de la clase intelectual a la cual pertenece, después a su círculo de prensa, después a su periódico, después a su grupo político, después a su familia y por último a sus amigos. No sería justo exigirle a un periodista que fuera ese ser imposible de catalogar en el catálogo de la imperfección humana que se llama el periodista imparcial, o sea un ser dotado de un alma de cera que basta oprimir dos dedos de la mano para que readquiera su compostura habitual, sin que su conciencia imprima las huellas de sus propias convicciones. El periodista puede tener una convicción personal ante

la vida de su pueblo, ante la vida de su clase, ante sus compañeros de prensa, ante su empresa editorial, ante su grupo político, ante su familia y sus amistades. Yo no creo en las personas que no creen en nada. Prefiero bregar no importa lo difícil que sea con gente que crea en algo, y si posible con gente que crea en muchas cosas. De manera que cuando, como tantas veces, se dice que el periodista debe ser un hombre imparcial se le está pidiendo una imposibilidad dentro de la realidad moral del hombre. Tal vez el verdadero pronunciamiento de este aspecto de la ética periodística, sea que el periodista no deba usar de su profesión como tal, para escudado dentro de la impunidad que tiene la prensa en la vida democrática de un pueblo, pretenda, so color de imparcialidad, alterar los contenidos de información en forma tal que resulte en beneficio de sus intereses de clase, de grupo, de familia o relación de amistad. No hay nunca ningún problema de ética envuelto cuando un periodista se asocia voluntariamente a un periódico que defienda primordialmente unas ideas claras y precisas y por ellas lucha. No hay nunca ningún problema de ética cuando tanto el periodista, como el periódico donde trabaja, es un periódico parcializado en uno u otro aspecto de las ideas. Cuando un periodista de un periódico político, o de un periódico religioso, o de un periódico de minoría intelectual se acerca al hombre oficial o al hombre particular ya sabe uno cual es su misión específica y entonces haciendo uso de la misma libertad comenta o no comenta el hecho sobre el cual se le pregunta. El problema difícil siempre se produce cuando el periódico se anuncia como un órgano de la opinión pública exclusivamente. Entonces el entrevistado adquiere el derecho moral que también su opinión aparezca en el periódico tal

cual es, sujeta unicamente a la censura editorial, que se supone ser el análisis más cuidadoso, más pausado, más sereno de la contingencia periodística de todos los días.

Comprendo las dificultades que en este dinámico y convulso periodismo de hoy, cuando el hombre vive exasperado y exhaltado por una lucha ideológica de proporciones casi cataclásticas, representa esta actitud periodística que requiere mayor compostura, un mejor equilibrio humoral, una más amplia concepción del espíritu profesional que la que nunca ha requerido. Pero es indudable la desproporción entre el suceso y su glosa y es manifiesto el riesgo de dicha desproporción en la vida del pueblo puertorriqueño. Además empieza a resentirse la opinión pública de la preponderancia de los valores sensacionalistas sobre los valores eternos que esta desproporción crea en el lector de entendimiento medio. En este mundo atosigado de atletismo barato, de infección criminógena, de pamplinas politiqueras, de chismes coloniales, de vernoneas burocráticas, que vive el lector puertorriqueño de nuestros días, me temo que vaya a disolverse no ya solo el espíritu de una de las más nobles profesiones del intelecto humano, sino también el poder legítimo de la prensa, que indudablemente debe formar parte del equilibrio moral de una democracia.

La vida de un pueblo no es solamente el gobierno que lo rige, ni el sistema de clases que lo caracteriza, ni las instituciones económicas que organizan sus medios de producción. La vida de un pueblo es además, el conglomerado de ideas tutelares que lo vigilan desde el fondo de su historia, su ideario colectivo, sus actitudes patriarcales ante la convivencia humana, es una literatura que lo define a



través del devenir histórico, un arte que lo presenta en su mejor pureza creadora. Comprendo que en el mundo en que vivimos donde la contingencia ha logrado imponerse a la permanencia, es fácil despistarse del verdadero sentido de valores que a la larga formaran la civilización del porvenir. Pero la única carta que tenemos los lectores de periódico contra nuestros compatriotas periodistas es esta confusión que parece dominarlos entre la contingencia y la permanencia. El destaque cotidiano de la contingencia atletica sobre la permanencia de la creación intelectual puede crear un buen cuerpo juvenil con la cabeza huera. Solo los griegos con su sentido admirable de la proporción lograron crear un cuerpo hermoso que le sirviera de sostén a la vida interior del hombre. Nada hay en nuestra modesta civilización que nos permita alentar la esperanza que los griegos de la antigüedad se hayan movido de sitio. El destaque cotidiano de la contingencia criminógena merece párrafo aparte.

Es un hecho claramente estudiado, tanto por la criminología clásica como por la criminología moderna que una de las causas más frecuentes del crimen es el contagio criminal. Cada ser humano posee dentro de sí ciertas latencias criminosas, que si no reciben estímulo del exterior, mueren con el individuo sin manifestarse ni actuarse nunca. El peligro que presenta el destaque de la literatura criminal es que actúa sobre la latencia criminoso del ser humano. Los institutos de criminología han podido establecer el paralelo de secuencia entre el énfasis periodístico de la criminalidad y la frecuencia de determinados tipos de crímenes. Una vez El Liberal de Madrid empezó a publicar una sección que se titulaba "El Crimen de Ayer".

Pronto advirtieron los criminólogos españoles que cada crimen famoso era seguido de una serie de crímenes idénticos, cuya frecuencia era el producto del contagio imitativo de una serie de inhibidos en quienes el destaque periodístico había logrado despertar la latencia criminógena correspondiente. Mientras más horroroso sea el crimen menos publicidad debe recibir. Hay otro tipo de inhibición que presenta un problema tan grave como éste. No es raro el complejo exhibicionista que aqueja a algunos seres humanos. Esta latencia exhibicionista hace que a veces el hombre se decida a cometer un crimen nada más que por salir en los periódicos. Una de las razones científicas que se aducen para no insistir más en la pena de muerte es que ha habido casos de crímenes horrorosos, cometidos por seres humanos que no tenían ningunos de los rasgos degeneratrices que se observan en el criminal potencial, que cuando fueron estudiados hasta la raíz se descubrió que el asesino lo que interesaba era convertirse en protagonista de la escena de ejecución. No hay duda asimismo que la publicidad enfocada hacia la criminalidad crea un serio impedimento en la administración de la justicia penal. La conducta del acusado, la conducta del abogado defensor, la actitud del jurado, la curiosidad morbosa que despierta el espectáculo criminal entre los asistentes al proceso, rompen la serenidad del proceso judicial. La intervención de la prensa durante el trámite de investigación rodea además al acusado de simpatías o antipatías que pueden resolverse en favor o en contra del presunto culpable, le roba a los agentes policiacos la ventaja del secreto durante la investigación y actúa desfavorablemente contra el sumario del fiscal. La mejor forma de proteger a la sociedad contra la historia colectiva que desarrolla el pánico criminógeno es ignorar por

completo el tópicó criminal. Puerto Rico acaba de pasar por un período bastante crítico en este aspecto periodístico. La guerra, al movilizar la beligerancia total del ser humano para la destrucción del enemigo nacional, deja siempre tras de sí un período oscuro donde la frecuencia criminógena es mayor. La única defensa que existe contra ésto es el restablecimiento del sentido de paz en el hombre violentado en sus mejores esencias de civilidad. El destaque de cualquier aspecto de la violencia individual hace más duro y más difícil el nuevo aclimatamiento social del combatiente. Lo que se recomienda es todo lo contrario, el destaque periodístico de las cosas nobles y fecundas que tiene el tiempo de paz para el hombre.

Yo me atravería a aconsejarle a mis amigos y compañeros de toda la vida que dejaran en paz a los tribunales de justicia, tanto en su aspecto criminal como en su aspecto civil. Por cada mujer que se divorcia existe en Puerto Rico un millar de mujeres que siguen viviendo en prolífica paz de matrimonio; por cada hombre que mata existe en Puerto Rico unos cuantos millares de hombres buenos que siguen laborando día tras día por hacer de nuestra tierra un sitio decoroso para la humanidad. Es de una injusticia palmaria poder establecer el patrón de nuestra moral pública a base del caso de excepción. Muy pocas veces sucede en un tribunal de justicia algo que pueda afectar el bienestar de un pueblo en general. La contienda judicial está siempre particularizada entre dos intereses individuales que no han logrado entenderse. Para resolver sobre estos conflictos individuales de la economía de un pueblo, o sobre estas desajustes de la moral humana es preferible el ambiente científico exclusivo. Además es evidente que el tipo de periodista que necesita un tribunal de justicia ten-

dría que ser un periodista altamente especializado, tal vez del mismo conocimiento profesional del juzgador o del defensor. La versión de la contingencia judicial que circula por la prensa de Puerto Rico es muy mala, aveces totalmente inexacta. El periodista tiene que valerse de una serie de informaciones recogidas en el pasillo, en la oficina de empleados menores o en la irresponsabilidad profesional. Esto está creando en el mundo profesional de la ley una serie de prestigios falsos que se imponen por encima de los profesionales puros, en detrimento no solo de la profesión sino de la vida en general de nuestro país. ¿Que interés puede tener para un lector de periódico que se demande a un patrono por unos salarios que entiende no le adeuda a su obrero, o que se desahucie a un desgraciado de la casa en que vive porque no ha podido pagar la renta? Pero sucede algo más; cuando hay un caso de verdadero interés público aveces no tiene interés periodístico, por estar desprovisto de los elementos sensacionales que requiere la tónica moderna. Entonces el periodista no sabe que hacer con él. No tiene los suficientes elementos de juicio profesional a su alcance para entender el proceso. Aveces le sirve de cómplice a la pasión de una de las partes que menos razón de justicia tiene, sin él darse cuenta.

La misión del periodista puertorriqueño es vigilar con toda la altivez que la nobleza de su oficio exige por la paz del pueblo de Puerto Rico. La pamplina politiquera, el chisme colonial, la verbo-nea burocrática le hacen daño a esta paz romana que necesita un pueblo para crear cosas grandes. Además de hábito de atacar termina por restarle dignidad al que alguna vez que otra tiene que combatir por cosas

grandes y serias. El periodista no existe para que le cuenten cosas sino para él investigar por su propia cuenta, con su propio juicio que en realidad existen las fallas que afectan a la gran moral o al máximo bienestar de su pueblo. Es indudable que en cada gobierno que funcione, en cada sociedad que actúe, en cada sistema económico que se organice, en cualquier parte del mundo, tiene que haber fallas que deben ser corregidas. Me temo que después del cataclismo atómico que nos amenaza sigan existiendo estas fallas que no prueban otra cosa que la fragilidad de los juicios humanos. No hay que empequeñecer el liderazgo moral del periodismo hasta el extremo que el mismo se convierta en eco de la maledicencia humana. Por cada verdad que se adultera a través de la pasión de un informante avieso que usa del candor del periodista como arma para agredir a la personalidad humana de su adversario, hay un hombre o una mujer que deja de creer en la eficacia del periodismo para regir los destinos culturales de nuestro país. La misión del periodista es no fomentar estos hábitos que nada representan para el inventario de la paz romana.

El periodismo de Puerto Rico cuenta con todos los auxiliares técnicos que necesita un país para desarrollar uno de los mejores tipos de periodismo que conoce el universo. Las nuevas técnicas sociales además han centuplicado el poder persuasivo de la palabra, la posibilidad educativa, hacia una extensión envidiable. No hay solo elemento industrial de la inventiva del hombre que no esté a disposición del buen periodista para hacer una gran obra en beneficio del pueblo puertorriqueño. Creo al periodista puertorriqueño animado por una noble voluntad de servicio. En aquellos pocos puntos en que parece

estar confundido puede salir de su confusión por una breve meditación sobre su destino en la formación cultural de la conciencia de su pueblo. No hay un solo motivo para desesperar de que estamos ante algo irremediable que no pueda ser corregido con un simple gesto de buena fé. Yo me siento profundamente complacido de la oportunidad que me brinda mi querido Ernesto Juan de estar con ustedes esta noche. Creo que soy uno de los pocos que sabe lo difícil que es el mundo de ustedes. Además por el turno de servicio público que me ha tocado, se algo también del mundo de otros seres humanos que confían en ustedes para solidificar la paz profunda, el bienestar sereno a que tiene derecho nuestro pueblo. Para mí esta es una noche tanto de evocación como de confraternidad en el presente. Espero que así lo hayan entendido ustedes, mis estimados y estimables camaradas del periodismo puertorriqueño.